

## PRESENCIA DEL ESPÍRITU EN LA POESÍA DE GÓNGORA

MIGUEL CASTILLEJO GORRAIZ  
ACADÉMICO NUMERARIO

Conocedora del proceso expectante que nos adentra en el tercer milenio y mensajera de nuevas encomiendas pastorales en este Año Jubilar, la Iglesia asume y transmite el compromiso de propagar los misterios de Dios y la naturaleza corredentora de un anuncio universal, donde confluyen diferenciados y uno las tres personas divinas. Sabios mensajes ha dirigido el Sumo Pontífice a la comunidad cristiana y en cada uno ellos expresa la misión peculiar del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; misiones que se asocian y se complementan en su diversa y convergente unidad.

En la obra del ilustre racionero de Córdoba, don Luis de Góngora y Argote se vislumbra un creador esfuerzo, más proclive a iluminar los contactos casi sensibles de la Trinidad divina que a demostración teologal alguna, aunque subyazca en su poesía un sustrato inexcusable de intención y conocimiento. El Paráclito de Dios aparece en la poesía de Góngora como identificador y vehículo, proyectando sus bienes y bondades sobre los hombres, enviado del Padre y heredero del Hijo, confortador y esperanza de lo pasado y lo venidero.

En el pasaje bíblico de Pentecostés se explicitan claves simbólicas que nos permiten acercarnos a la naturaleza de la Trinidad, siempre intangible, siempre inefable. En el texto se compara la venida del Espíritu con un "ruido del cielo, como de viento recio", que resuena en toda la casa; y "lenguas como de fuego que se repartían posándose encima de cada uno"<sup>1</sup>. Se trata de un principio activo, cuya interpretación varía atendiendo a la significación de uno u otro elemento: Tanto la traducción latina *spiritus* como el *ruah* de los textos hebreos o el *pneuma* de los griegos, objeto de la transcripción, coinciden en señalar el mismo sentido de soplo de viento que insufla la vida, exhalado por Dios y a Él regresa tras haber conducido e inducido al hombre a la búsqueda de su progenitor.

El simbolismo del fuego es doble en los textos bíblicos, puede significar el más preciado bien o el más implacable de los castigos:

"A causa del misterio relativo a su origen y a su sutil naturaleza, por su carácter a la vez temible y precioso, por su resplandor y su brillo, por su poder purificador y por la aparente sublimación de la materia sobre la que opera, por la propia vida que parece animarlo y empujar sus humos hacia las nubes, el fuego se impone en todas las civilizaciones como una especie de agente entre el cielo y la tierra"<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Heb 2, 2-4.

<sup>2</sup> GÉRARD, André Marie. *Diccionario de la Biblia*, Madrid, Milhojas, 1995, p. 460.

Son múltiples los ejemplos de este símbolo aniquilador y catártico. Su brillo y calor reflejan en nuestro entendimiento el resplandor del Espíritu divino: fuego y luz, calor y amor se complementan como manifestaciones convergentes. Góngora funde estos conceptos en su poesía sacra y conforma una nueva asociación que identifica al Paráclito con el Hijo, confiriendo a ambos idénticas propiedades:

"Si en espirando Dios, luego  
Del sol os niegan la luz  
y en las tinieblas su Cruz  
os fue columna de fuego"<sup>3</sup>.

El símbolo del fuego, signo del Espíritu, aparece amplificado en Góngora por referentes de los que se colige la presencia visible o metafórica del Padre eterno y de Cristo humano, fundidos en una misma materia. El texto es cenital para comprender cómo el Espíritu convierte en luz la tiniebla y, por extensión, la gelidez en fuego; pero su interés radica en la configuración de una idea que aúna, como se ha anunciado, la Trinidad de Dios: Dios expira en la Cruz como ser total, aunque sea ajena su naturaleza a la muerte.

Ciertamente es la naturaleza humana de Jesucristo la que sufre y es escarnecida en la Cruz, pero cómo separar espíritu y materia. La imagen de la columna de humo que ilumina las tinieblas aparece en el libro del Éxodo, refiriéndose a Yahvé, único Dios todopoderoso:

"El Señor caminaba delante de ellos, de día en una columna de nubes, para guiarlos; de noche, en una columna de fuego, para alumbrarlos; así podían caminar día y noche"<sup>4</sup>.

La confluencia del signo aplicado ahora a Cristo muerto en la Cruz permite comprender el proceso de acercamiento que Góngora pretende entre las tres personas divinas: Cristo, el Sol, muere y su luz, el Espíritu, más que negarse al hombre se refrenda por voluntad del Padre, como ya se anunciaba en el Antiguo Testamento:

"No se apartaba delante de ellos ni la columna de nubes de día ni la columna de fuego de noche"<sup>5</sup>.

La relación fuego/luz/amor aplicada a Cristo, interlocutor de la Trinidad, se reitera en algunos poemas navideños. En la letrilla titulada "Al nacimiento de Christo, nuestro Señor"<sup>6</sup> se explicita, además de la comparación con Cupido, el símbolo del fuego aplicado a Jesús Niño, y permite establecer diferencias abisales entre ambos: Cupido es el dios ciego que conturba a los amadores y provoca en ellos celo y excitación. Jesús será el Sol que ilumina, que sosiega, que es remanso y fuente de paz<sup>7</sup>.

Las relaciones con la mitología son evidentes y constantes en la poesía de Góngora, y se manifiestan de igual manera en su poesía más suntuosa como en la más directa, porque en definitiva el hombre es el mismo y su saber se refleja de igual forma en cada manifestación de su arte:

"Amor dio el fuego, i juntó  
Leños, que el Phenix jamás"<sup>8</sup>.

<sup>3</sup> *Obras de don Luis de Góngora. Manuscrito Chacón*. Real Academia Española. Caja de Ahorros de Ronda. Biblioteca de los Clásicos, vol. II, letrilla sacra "Al Nacimiento de Christo Nuestro Señor", p. 8.

<sup>4</sup> Ex 13, 21-22.

<sup>5</sup> Ex 13, 22.

<sup>6</sup> *MC*. Vol. II, "Esta noche un amor nace", letrilla sacra VIII, p. 10.

<sup>7</sup> Véase *La oscuridad luminosa* de Manuel Gahete, Córdoba, Consejería de Educación y Ciencia, 1998, pp. 21-23 y 26.

<sup>8</sup> *MC*, vol II, Letrilla XV, p. 19.

Pero la más exacta identificación la apreciamos en el primer romance sacro de la serie aparecida en el Manuscrito Chacón, donde confluye una significativa metáfora que podríamos llamar horizontal, en la que el término real "voz" es a su vez imagen del evocado "luz" con el que se compara:

"Voz, que era luz, aunque era voz"<sup>9</sup>.

Este romance constituye, reforzada por nuevos elementos, una réplica singular de la anagnórisis que el Padre proclama, mientras Jesús es bautizado por Juan, su primo, en las aguas del Jordán:

"...mientras oraba, se abrió el cielo, bajó sobre Él el Espíritu Santo en forma de paloma y se oyó una voz del cielo:

- Tú eres mi Hijo, a quien yo quiero, mi predilecto"<sup>10</sup>.

En el romance, la identificación entre Jesús Hijo: "Dulce hijo el que se oyó"<sup>11</sup> y Jesús anunciador del Espíritu es patente. Un confuso acorde de instrumentos da gloria a las alturas y anuncia paz en la tierra. El que ni ave ni hombre es, y es mucho de los dos, irrumpe en armoniosa hipóstasis. Los conceptos se asocian: Voz, luz, paloma. La Trinidad y la Unidad alcanzan su más alto grado, sin disgregación ni confusión posibles.

El Padre será voz que rasga la bóveda del cielo con el nombre de Hijo, mientras el Espíritu, paloma iluminada, descenderá hasta posarse sobre la cabeza del Hombre. Góngora alcanza en esta identificación más que dogmática el éxtasis de una visión debida al carisma del Paráclito que permite al hombre, tras la visión espiritual, un proceso de purificación que aúna en tándem nesciencia y sabiduría:

"Humilde (en llegando) a ti

Al pesebre la razón

que me valió nueva luz.

Topo ayer, i lince oi"<sup>12</sup>.

Ciertamente la luz no es atributo exclusivo de una de las personas trinitarias. Todas ellas se identifican por este don peculiar que no puede ocultarse y que significativamente alumbrá; de todas se desprende ese aura que alcanzará inexcusablemente a María, Madre de Nuestro Señor Jesucristo concebido virginalmente por intervención salvífica y misteriosa del Padre y del Espíritu, presencia siempre viva en los textos de Góngora:

"Si ociosa no, assistiò naturaleza

Incapaz à la tuia, ô gran señora,

Concepcion limpia, donde ciega ignora

Lo que muda admirò de tu pureza.

Diganlo, ò VIRGEN, la maior belleza

De'l dia, cuja luz tu manto dora,

La que calças nocturna brilladora,

Los que ciñen carbunclos tu cabeça.

Pura la Iglesia ia, pura te llama

La Escuela, y todo pio affecto sabio

Cultas en tu favor da plumas bellas.

Que mucho pues, si aun oi sellado el labio.

Si la naturaleza aun oi te aclama

Virgen Pura, si el Sol, Luna, y Estrellas?"<sup>13</sup>.

<sup>9</sup> *Ibidem*, vol. II, 619, p. 77.

<sup>10</sup> Lc 3, 21-22. Véase también Mat 3, 16-17 y Mc 1, 10.

<sup>11</sup> *MC. op. cit.*, vol. II, p. 77.

<sup>12</sup> *Ibidem*, pp. 78-79.

<sup>13</sup> *Ibidem*, vol. I, Soneto I "A la Purissima Concepcion de N.S.", p. 1.

En la imaginería de Góngora confluyen dos símbolos sinestésicos que se asocian de igual manera al Hijo que a la Madre: el color blanco para designar la pureza y el rojo que presagia el fuego del amor. Inocencia y luz para concertar armoniosamente el vínculo indisoluble de las naturalezas, la divina y la humana:

"Diremos que es blanco, y que  
Lo que tiene de encarnado  
Serà mas disciplinado  
Que ninguno otro lo fue"<sup>14</sup>.

La identificación se amplía desde sus orígenes bíblicos con certera perspectiva: El Espíritu que desciende en forma de paloma será presencia habitual en los textos religiosos, permitiendo la permeabilización. Así, el símbolo original de la pureza, que ya aparecía en el *Cantar de los Cantares*:

"Paloma sin mancha<sup>15</sup>, paloma sin defecto"<sup>16</sup>.

halla su correspondencia posterior en el *Cántico Espiritual* de San Juan de la Cruz, y casi exactamente en la letrilla de Góngora:

"Subamos, Carillo, arriba  
subamos donde ia assoma  
la desseada Paloma  
con el ramo de la oliva"<sup>17</sup>.

San Juan de la Cruz ya había empleado términos y asunto similares:

"Escóndete, Carillo,  
y mira con tu haz a las montañas"<sup>18</sup>.

Y asimismo

"... a las subidas  
cabernas de la piedra nos yremos"<sup>19</sup>.

para retomar el tema anunciado anteriormente:

"La blanca palomica  
al arca con el ramo se ha tornado"<sup>20</sup>.

En el texto de Góngora, la Palomica blanca, signo de pureza e inocencia, será la Virgen María<sup>21</sup>, una derivación clarísima de la esposa del *Cantar*, paloma que anida en los huecos de la peña y en las grietas del barranco<sup>22</sup>; por singular convergencia, materialización del Espíritu Santo en el texto bíblico.

Pero además la Virgen será alta luz en la noche para San Ildefonso<sup>23</sup> de igual manera que el Espíritu es luz en la tiniebla para los cristianos, porque luz igualmente es el Hijo único de Dios. En la octava dedicada a San Francisco de Borja<sup>24</sup> se vuelve a insistir en esta idea: "En su celda la luz<sup>25</sup> bebía más clara".

<sup>14</sup> *Ibidem.*, vol II. Letrilla, p. 5.

<sup>15</sup> *Ibidem.*, 5, 2.

<sup>16</sup> *Ibidem.*, 6, 9.

<sup>17</sup> *Ibidem.*, vol II, letrilla XI "A la purificación de Ntra. Sra.", p. 14.

<sup>18</sup> San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*, Madrid, Cátedra, Letras Hispánicas, Edición de Domingo Ynduráin, 1987, p. 253.

<sup>19</sup> *Ibidem.*, p. 257.

<sup>20</sup> *Ibidem.*

<sup>21</sup> El símbolo se ha repetido hasta la saciedad en toda la literatura mariana.

<sup>22</sup> *Cantar de los Cantares*, 2, 14.

<sup>23</sup> Véase la Octava sacra "Al favor que S. Ildephonso recivio de nra. Señora", *MC*, vol. I, 615, pp. 93-95.

<sup>24</sup> *Ibidem.*, 624, pp. 96-97.

<sup>25</sup> Se refiere a la luz del Espíritu, porque no es posible interpretar que fuera la luz del día; la luz del Espíritu que, en el recogimiento y la oración, debía fulgir en toda su intensidad.

Esta luz del espíritu conlleva nuevas interpretaciones de carácter pragmático y teológico. Por una parte nos acerca a la realidad de las obras, al esfuerzo que todo cristiano debe realizar en su vida de compromiso para estar dispuesto a la contemplación de Dios

En esta misma composición poética<sup>26</sup> se explicita que para obtener los dones del Espíritu es preciso un esfuerzo por parte del hombre, son exigibles los requisitos de la renuncia y el servicio, la entrega especial de adoración y respuesta, la disponibilidad para desposeernos de nuestro egoísmo y mostrarnos expectantes a la generosidad de Dios. Góngora sabrá expresar este deseo con bellísimos versos:

"El ayuno a su espíritu era ala  
La oración otra, siempre fiscal recto"<sup>27</sup>.

Las alas del Espíritu serán así, para Góngora, el ayuno y la oración. El ayuno como camino de la perfección; senda dolorosa y catártica del desarraigo de los sentidos, de los lastres de la materia; expresión del dolor y el pesar por el sufrimiento del mundo; aflicción y arrepentimiento que busca personal o colectivamente la compasión de Dios. Y la oración como respuesta necesaria, agradecimiento por los dones, vital contacto con quien nos protege y nos redime. En definitiva una conversación permanente, un diálogo de amistad con Dios, como afirmaba santa Teresa, que nos permite reflexionar sobre nuestra conducta, elevarnos hacia el espíritu y descender sublimados al corazón de los hombres. Porque la oración nunca debe ser evasión o huida enfermiza de la realidad, ni es la mera expresión de los deseos humanos esperando ser complacidos por el Todopoderoso; significa sobre todo un compromiso fehaciente y sólido cuya eficacia se revela en la conversión que no es más que la disponibilidad expedita a la voluntad de Dios y el servicio a los demás hombres.

Sin embargo, son imprescindibles las obras de amor, que dan sentido al sacrificio y manifiestan la fortaleza de la oración. Sin duda, el Espíritu es el que nos confiere valor para acometer las obras; las obras del amor que, forjadas en el corazón del hombre, trascienden la inmaterial aspiración de la fe y se muestran palmarias en sus manifestaciones visibles:

"Si prenda quieres mayor,  
mis obras oí te la den...  
Prendas son de amor estrecho  
que aun los más ciegos la ven"<sup>28</sup>.

Góngora, hombre equilibrado, conoce muy bien las resbaladizas pendientes de la flaqueza y los fieros sacres que amenazan a la inocente paloma; por ello, vigila con atención el lenguaje de sus textos y entretiene a los malintencionados con su prodigiosa genialidad.

El racionero conocía muy bien los intersticios de la naturaleza humana y disponía de suficiente savia creadora para anegarlos. Defendía, a pesar de las ambigüedades y los desafueros, la inocencia del alma para entender el mensaje divino:

"A la vista que la Fé  
cerrados los ojos vee  
mas que abiertos la razón"<sup>29</sup>.

<sup>26</sup> Nos referimos a la Octava sacra "Al favor que S. Ildephonso recivio de nra. Señora", *MC, op. cit.*, pp. 93-95.

<sup>27</sup> *Ibidem* 624, pp 96-97.

<sup>28</sup> *Ibidem*, letrilla XIX, pp. 21-22.

<sup>29</sup> *Ibidem*, "Al estado de inocencia" letrilla XX, p. 22.

Es difícil superar esta sentencia que es casi un discurso teológico sobre la eterna polémica de la razón y la fe. No es fácil, ciertamente, mantenerse en este estado de pureza sin el vigor del Espíritu. La necesidad del alimento espiritual de la Eucaristía donde el Hijo se inmola y por la suprema generosidad del Padre nos regala sus dones, aparece con frecuencia en los textos de Góngora.

Cristo, paradigma de la inocencia,  
 -"Siendo la inocencia él"<sup>30</sup>, nos dice Góngora-

se halla en el estado conquistable donde es posible servir de alimento al hombre, a todos los hombres, por muy insensible que sea su corazón:

¿Qué comes hombre?

(...)

Deste pues divino pan  
 cualquier bocado suave  
 encender los pechos sabe  
 que mas elados están"<sup>31</sup>.

El racionero, con idéntica insistencia, insta a la preparación reflexiva que cada hombre ha de realizar antes de recibir el Sacramento, esa limpieza corporal e íntima que afecta tanto a los sentidos externos como internos, tanto a la apariencia física como a la disposición del ánimo:

"Alcoholemo la cara  
 E lavemono la vista"<sup>32</sup>.

Este ejercicio pertinaz y constante nos dispone a una renovación poderosa y total de la vida a través de la fuerza que nos infunde el Espíritu, porque cuando Jesucristo habla de conversión no se refiere principalmente a obras exteriores, vestirse de saco y de ceniza, macerarse los miembros impuros, verter lastimeramente lágrimas y gemidos, ni siquiera a un poco exigente cambio de mentalidad o de conducta. Jesucristo se refiere a la auténtica conversión que debe operarse en el centro profundo de la persona, para que se produzca la efectiva mudanza, como canta Góngora:

"Mudança hagamos la vida,  
 Que ez la mudança mejor."<sup>33</sup>.

porque ciertamente sólo la actitud de pureza en nuestros actos asegura la limpieza de las "nupciales ropas del alma"<sup>34</sup>.

El don de profecía y conocimiento que los apóstoles recibieron en Pentecostés:

"Después derramaré mi espíritu sobre todos:  
 vuestros hijos e hijas profetizarán,  
 vuestros ancianos soñarán sueños,  
 vuestros jóvenes verán visiones"<sup>35</sup>.

aparece perfectamente reflejado en los versos sublimes del poeta:

"Al que á Dios mentalmente hablar save  
 mucho de lo futuro se le fia"<sup>36</sup>.

Y de igual manera, con la misma intensidad aleccionadora, prende en nuestro ánimo la idea delectable de que sólo la abundancia del Espíritu favorece la visión y con-

<sup>30</sup> *Ibidem*, letrilla XXI, p. 23.

<sup>31</sup> *Ibidem*, letrilla XVIII, p. 21.

<sup>32</sup> *Ibidem*, letrilla XIV, pp. 16-17.

<sup>33</sup> *Ibidem*, letrilla XVII, pp. 20.

<sup>34</sup> *Ibidem*, pp. 84-85.

<sup>35</sup> JI 3,1 y Hec 3, 17.

<sup>36</sup> *MC., op. cit.*, Canción de San Hermenegildo, vol. I, p. 147.

templación de Dios en toda su grandeza:

"En tanto que tú alcanzas  
ver a Dios, vestir luz, pisar estrellas"<sup>37</sup>.

hasta tal extremo que nuestro poeta, el insigne Góngora que hoy celebramos, puede exclamar en verdadera ascesis mística:

"O que ageno  
Me siento de mi, i que lleno  
De otro"<sup>38</sup>.

Lleno de la fuerza y la sabiduría de ese otro ser celestial que es el Espíritu, empapamiento poderoso y trinitario del Padre providente, del Hijo pródigo, siendo como son, para salud y esperanza de los hombres, una misma e indisoluble esencia.

---

<sup>37</sup> *Ibidem*.

<sup>38</sup> *Ibidem*, letrilla sacra al Nacimiento de Christo Nuestro Señor, vol. II, p. 4.